

empeño a que la mujer se instruyera, porque esclavo instruido, es mal esclavo.

La educación de la joven es aprendizaje de doméstica; se desarrollan sus aptitudes con la idea de formar-la para un amo; se le enseña lo preciso para que no cometa muchas faltas de ortografía y que no parezca demasiado tonta en una conversación; se consiente en enseñarla algún arte de adorno, el piano, por ejemplo, que afecta poco a las prerrogativas masculinas; pero se guardarán bien de iniciarla en las ciencias, que le abrirán los ojos acerca de las mentiras religiosas y sociales, fundamentos de su servidumbre, ni de interesarla en la vida pública, para evitar que sienta las inspiraciones de la rebeldía.

Se la encierra en la casa entre las cacerolas y las labores frívolas; se embrutece su inteligencia con lecturas necias; se envilece su carácter por la costumbre de la obediencia. Obedecer!, tal es, desde su más tierna infancia el objeto constante de su vida. Al mismo tiempo se desvía su sentido moral por exhortaciones tenidas por virtuosas, que en realidad son degradantes... ocultándole la verdad y reglamentando sus lecturas, se la ultraja; se le hace la injuria de suponer que, entregada a sí misma, sería incapaz de contenerse; se le considera con el cristianismo, como un ser impuro. Envilecida en su cuerpo y, lo que es peor, en su cerebro, la mujer es presa de todas las supersticiones y de todos los prejuicios.

Eso no debe ser: la mujer como el hombre, debe recibir una educación resueltamente científica; las ciencias, y sobre todo las ciencias naturales son indispensables a la mujer; primero para limpiar de una vez para siempre su cerebro de todas las sandeces religiosas; después, porque habiendo de criar los hijos, necesita saber qué es un organismo, la vida, el amor y la muerte. ¿Cómo puede cuidar un niño si ignora la

anatomía, la fisiología y la medicina? Convendría que los jóvenes de ambos sexos, hiciesen una estadía en los hospitales y aprendiesen, además del arte de curar, el respeto al dolor humano. ¡Cuánto más valdría eso que los cursos de piano para las unas y el cuartel para los otros!

Después de siglos y siglos de esclavitud, ha conservado costumbres, pensamientos y gustos de esclava. Observadla: en la más honesta encontraréis huellas de venalidad, aunque sólo sea respecto de un marido. Al ofrecimiento de un vestido nuevo, de un regalo cualquiera, se manifiesta más cariñosa, lo que es vergonzoso. Como todos los esclavos, aplaude el éxito, y prefiere la medianía que llega a brillar, al mérito positivo que permanece obscurecido; siente necesidad insana de aparentar, de atraer miradas, de dominar, de humillar. Como los salvajes, gusta de dorados, cristalería y relumbrones inútiles; pasa horas enteras en los escaparates de joyería, admirando cosas feas, pero brillantes; se cubre de collares, brazaletes, sortijas, pendientes, cintas y perifoneos que no tienen razón de ser, pero que cuestan mucho y dificultan la lucha por la vida.

Su **toilette**, no es otra cosa que un desafío a la higiene y al buen sentido; lleva plumas en la cabeza como los salvajes (y nuestros militares). Como los salvajes, usa amuletos portadores de la buena ventura: se pinta ojeras y colorea las mejillas y los labios; se deforma y se mutila; se agujerea las orejas para llevar colgantes, y gracias que haya perdido la costumbre de horadarse las narices y los labios, lo que supone un progreso. Mete sus pies en calzados extravagantes, impropios para la marcha; comprime sus pulmones y estómago en un corsé que compromete su salud y la de sus hijos, si puede ser madre. Pero, todo ello le importa poco: en los cerebros que la esclavitud ha deprimido, la vanidad es lo primero.